

importaba! Para Elena, esto era una salvaguardia, un preservativo y una esclava; la de la voluptuosidad no satisfecha, que hacía que sus amantes estuvieran ligados a ella.

No era cruel, al menos cedía una vez, ¡una vez tan sólo! cuando ya no tenían más que darle los que habían perdido hasta el sosiego. Pero aconteció cierto día, que le llegó su Armando bajo el nombre de Heriberto y el aspecto de un apuesto joven de soberbia estampa. Era un teniente de navío, calmo y rudo como las olas, franco y abierto de frase y pensamiento, sin ser un sabio, amaba el estudio; él no se complacía con los conocimientos geográficos, meteorológicos y todo lo que comprende la carrera naval, tenía predilección por otras ciencias, y con sus ojos devoraba libros la mayor parte del tiempo que disponía.

Era de contorno elegante, flexible, robusto, de facciones bronceadas y ensortijado cabello negro como sus ojos que parecían despedir relámpagos cuando montaba en cólera. Pero, he aquí, que, para un observador atento con ribetes de psicólogo, Heriberto, poseía algo que daba la impresión de no hallarse en su lugar o de no pertenecerle, como si la Naturaleza se hubiera equivocado, y esto, eran sus labios sensuales y carnosos como los de Elena, que no concordaban con su nariz aquilina ni con su aspecto, pues aquellos que poseen ésta, tienen los labios, sobre todo, el superior, delgado, recto y firme que denota reserva, decisión, firmeza y también falsedad, en él era todo lo contrario; sus labios voluptuosos no lo desfiguraban aunque cierto es, no tenían concordancia fisonómica; pero esto no podían advertirlo más que los que tuvieran un espíritu indagativo y penetrante. Su voluntad no estaba en sus labios, sino en sus maxilares potentes y herméticos.

En la condición de aquellos que quieren triunfar, él también aborrecía a las mujeres de cualquier categoría que fueran: vírgenes o sacerdotisas del amor vendido; por las unas no había sido cautivado aun a la edad de treinta años, por las otras no tenía tentación, pese a su instinto sofocado por su voluntad, sin la cual, en naturaleza, era la de un ser insaciable, frenético, brutal, encuecido por violentos arrebatos de lujuria; pero él era sano, él quería serlo siempre, él no pertenecía a esa libidinosa pléyade joven y arruinada que sin saberlo, muchas veces llevan en su sangre la condena del diablo, ese es el infierno, el verdadero, el auténtico infierno y no el pirofilacio llameante de los crédulos y necios. Eso es el abismo, el mal, la decadencia, el crimen y el cárstico que corroa a la humanidad desde los balmeantes siglos del pasado que imperterritorio seguirá su marcha a la vanguardia de los hombres. El no ignoraba todo esto y, precisamente, bajo la ley de la conservación de la especie, se independizaba del lema del placer mercenario, puesto que legal no lo tenía ni se preocupaba en buscarlo, privándose de los fervidos impulsos que debilitan la virilidad y alteran el carácter del hombre, empezando por conservarse a sí mismo, ya que su mayor anhelo — si encontrara una mujer lo suficiente capaz de interesarle — era, por aquello de: "Cread y multiplicad", tener hijos, hijos sanos, fuertes, robustos, no esos niños débiles, degenerados, anémicos que mienten y lloran como niñas ya que así se lo impone su atrofia y raquitismo físico y moral.

El era el surgió; y el torvo corcel piafante de que hablara Platón, en su divina prosa, no arrastraría en su veloz carrera al otro bruto noble, de serenas formas y apacible pulso, si esto sucediera, ¡guay! Heriberto, estaba en el augeo genésico, en la flor de su potencia virgen, y nadie ni nadie hubiera bastado a detener la pujante y avasalladora olea de su instinto feroz y apasionado.